

VI

Las Micaelas, por dentro.

I

Cuando las dos madres aquellas, la bizca y la seca, la llevaron adentro, Fortunata estaba muy conmovida. Era aquella sensación primera de miedo y vergüenza de que se siente poseído el escolar cuando le ponen delante de sus compañeros, que han de ser pronto sus amigos, pero que al verle entrar le dirigen miradas de hostilidad y burla. Las recogidas que encontró al paso mirábanla con tanta impertinencia, que se puso muy colorada y no sabía qué expresión dar á su cara. Las madres, que tantos y tan diversos rostros de pecadoras habían visto entrar allí, no parecían dar importancia á la belleza de la nueva recogida. Eran como los médicos que no se espantan ya de ningún horror patológico que vean entrar en las clínicas. Hubo de pasar un buen rato antes de que la joven se serenase y pudiera cambiar algunas palabras con sus compañeras de lazareto. Pero entre mujeres se rompe más pronto aún que entre colegiales ese hielo de las primeras horas, y palabra tras pala-

bra fueron brotando las simpatías, echando el cimiento de futuras amistades.

Como ella esperaba y deseaba, pusiéronle una toca blanca; mas no había en el convento espejos en qué mirar si caía bien ó mal. Luego le hicieron poner un vestido de lana burda y negra muy sencillo; pero aquellas prendas sólo eran de indispensable uso al bajar á la capilla y en las horas de rezo, y podía quitárselas en las horas de trabajo, poniéndose entonces una falda vieja de las de su propio ajuar y un cuerpo, también de lana, muy honesto, que recibían para tales casos. Las recogidas dividíanse en dos clases, una llamada las *Filomenas* y otra las *Josefinas*. Constituían la primera, las mujeres sujetas á corrección; la segunda componíase de niñas puestas allí por sus padres para que las educaran, y más comúnmente por madrastras que no querían tenerlas á su lado. Estos dos grupos ó familias no se comunicaban en ninguna ocasión. Dicho se está que Fortunata pertenecía á la clase de las *Filomenas*. Observó que buena parte del tiempo se dedicaba á ejercicios religiosos, rezos por la mañana, doctrina por la tarde. Enteróse luego de que los jueves y domingos había adoración del Sacramento, con larguísimas y entretenidas devociones, acompañadas de música. En este ejercicio y en la misa matinal, las recogidas, como las madres, entraban en la iglesia con un gran velo por la

cabeza, el cual era casi tan grande como una sábana. Lo tomaban en la habitación próxima á la entrada, y al salir lo volvían á dejar después de doblarlo.

Acostumbrada la prójima á levantarse á las nueve ó las diez del día, éranle penosos aquellos madrugones que en el convento se usaban. A las cinco de la mañana ya entraba Sor Antonia en los dormitorios tocando una campana que les desgarraba los oídos á las pobres durmientes. El madrugar era uno de los mejores medios de disciplina y educación empleados por las madres, y el velar á altas horas de la noche una mala costumbre que combatían con ahinco, como cosa igualmente nociva para el alma y para el cuerpo. Por esto, la monja que estaba de guardia pasaba revista á los dormitorios á diferentes horas de la noche, y como sorprendiese murmullos de secreteo, imponía severísimos castigos.

Los trabajos eran diversos y en ocasiones rudos. Ponían las maestras especial cuidado en desbastar aquellas naturalezas enviciadas ó fogosas, mortificando las carnes y ennobleciendo los espíritus con el cansancio. Las labores delicadas, como costura y bordados, de que había taller en la casa, eran las que menos agradaban á Fortunata, que tenía poca afición á los primores de aguja y los dedos muy torpes. Más le agradaba que la mandaran lavar, brochar los

pisos de baldosín, limpiar las vidrieras y otros menesteres propios de criadas de escalera abajo. En cambio, como la tuvieran sentada en una silla haciendo trabajos de marca de ropa, se aburría de lo lindo. También era muy de su gusto que la pusieran en la cocina á las órdenes de la hermana cocinera, y era de ver cómo fregaba ella sola todo el material de cobre y loza, mejor y más pronto que dos ó tres de las más diligentes.

Mucho rigor y vigilancia desplegaban las madres en lo tocante á relaciones entre las llamadas arrepentidas, ya fuesen *Filomenas* ó *Josefinas*. Eran centinelas sagaces de las amistades que se pudieran entablar y de las parejas que formara la simpatía. A las prójimas antiguas y ya conocidas y probadas por su sumisión, se las mandaba acompañar á las nuevas y sospechosas. Había algunas á quienes no se permitía hablar con sus compañeras, sino en el corro principal en las horas de recreo.

A pesar de la severidad empleada para impedir las parejas íntimas ó grupos, siempre había alguna infracción hipócrita de esta observancia. Era imposible evitar que entre cuarenta ó cincuenta mujeres hubiese dos ó tres que se pusieran al habla, aprovechando cualquier coyuntura oportuna en las varias ocupaciones de la casa. Un sábado por la mañana Sor Natividad, que era la Superiora (por más señas, la madre-

cita seca que recibió á Fortunata el día de su entrada), mandó á ésta que brochase los baldosines de la sala de recibir. Era Sor Natividad vizcaína, y tan celosa por el aseo del convento que lo tenía siempre como tacita de plata, y en viendo ella una mota, un poco de polvo ó cualquier suciedad, ya estaba desatinada y fuera de sí, poniendo el grito en el cielo como si se tratara de una gran calamidad caída sobre el mundo, otro pecado original ó cosa así. Apóstol fanático de la limpieza, á la que seguía sus doctrinas la agasajaba y mimaba mucho, arrojando tremendos anatemas sobre las que prevaricaban, aunque sólo fuera venialmente, en aquella moral cerrada del aseo. Cierta día armó un escándalo porque no habían limpiado..., ¿qué creeréis?, las cabezas doradas de los clavos que sostenían las estampas de la sala. En cuanto á los cuadros, había que descolgarlos y limpiarlos por detrás lo mismo que por delante. «Si no tenéis alma, ni un adarme de gracia de Dios—les decía,—y no os habéis de condenar por malas, sino por puercas.» El sábado aquel mandó, como digo, dar cera y brochado al piso de la sala, encargando á Fortunata y á otra compañera que se lo habían de dejar *lo mismo que la cara del sol*.

Era para Fortunata este trabajo no sólo fácil, sino divertido. Gustábale calzarse en el pie derecho el grueso escobillón, y arrastrando el paño con el izquierdo, andar de un lado para otro en

la vasta pieza, con paso de baile ó de patinación, puesta la mano en la cintura y ejercitando en grata gimnasia todos los músculos hasta sudar copiosamente, ponerse la cara como un pavo y sentir unos dulcísimos retozos de alegría por todo el cuerpo. La compañera que Sor Natividad le dió en aquella faena era una *filomena* en cuyo rostro se había fijado no pocas veces la neófito, creyendo reconocerlo. Indudablemente había visto aquella cara en alguna parte, pero no recordaba dónde ni cuándo. Ambas se habían mirado mucho, como deseando tener una explicación; pero no se habían dirigido nunca la palabra. Lo que sí sabía Fortunata era que aquella mujer daba mucha guerra á las madres por su carácter alborotado y desigual.

Desde que la Superiora las dejó solas, la otra rompió á patinar y á hablar al mismo tiempo. Parándose después ante Fortunata, le dijo: «Porque nosotras nos conocemos, ¿eh? A mí me llaman *Mauricia la Dura*. ¿No te acuerdas de haberme visto en casa de la Paca?»

—¡Ah..., sí!...—indicó Fortunata, y cargando sobre el pie derecho, tiró para otro lado frotando el suelo con amazónica fuerza.

Mauricia la Dura representaba treinta años ó poco más, y su rostro era conocido de todo el que entendiase algo de iconografía histórica, pues era el mismo, exactamente el mismo de Napoleón Bonaparte antes de ser Primer Cónsul.

Aquella mujer singularísima, bella y varonil, tenía el pelo corto y lo llevaba siempre mal peinado y peor sujeto. Cuando se agitaba mucho trabajando, las melenas se le soltaban, llegándole hasta los hombros, y entonces la semejanza con el precoz caudillo de Italia y Egipto era perfecta. No inspiraba simpatías Mauricia á todos los que la veían; pero el que la viera una vez, no la olvidaba, y sentía deseos de volverla á mirar. Porque ejercían indecible fascinación sobre el observador aquellas cejas rectas y prominentes, los ojos grandes y febriles, escondidos como en acecho bajo la concavidad frontal, la pupila inquieta y ávida, mucho hueso en los pómulos, poca carne en las mejillas, la quijada robusta, la nariz romana, la boca acentuada terminando en flexiones enérgicas, y la expresión, en fin, soñadora y melancólica. Pero en cuanto Mauricia hablaba, adiós ilusión. Su voz era bronca, más de hombre que de mujer, y su lenguaje vulgarísimo, revelando una naturaleza desordenada con alternativas misteriosas de depravación y de afabilidad.

II

Después que se reconocieron callaron un rato, trabajando las dos con igual ahinco. Un tanto fatigadas se sentaron en el suelo, y entonces Mauricia, arrastrándose hasta llegar junto á su compañera, le dijo:

—Aquel día..., ¿sabes?, acabadita de marcharte tú, estuvo en casa de la Paca Juanito Santa Cruz.

Fortunata la miró aterrada.

—¿Qué día?—fué lo único que dijo.

—¿No te acuerdas? El día que estuviste tú, el día en que te conocí... *Páices* boba. Yo me lié con la Visitación, que me robó un pañuelo, la muy ladrona sinvergüenza. Le metí mano, y... ¡ras!, le trinqué la oreja y me quedé con el pendiente en la mano, partiéndole el pulpejo...; por poco me traigo media cara. Ella me mordió un brazo, mira..., todavía está aquí la señal; pero yo le dejé bien sellaito un ojo...; todavía no lo ha abierto, y le saqué una tira de pellejo, ¡ras!, desde semejante parte, aquí por la sien..., hasta la barba. Si no nos apartan, si no me coges tú á mí por la cintura, y Paca á ella, la reviento..., creételo.

—Ya me acuerdo de aquella trifulca—dijo Fortunata mirando á su compañera con miedo.

—A mí, la que me la hace me la paga. No sé si sabes que á la Matilde, aquella silfidona rubia...

—No sé, no la conozco.

—Pues allá se me vino con unos chismajos, porque yo *hablaba* entonces con el chico de Tellería y... Pues la cogí un día, la tiré al suelo, me estuve paseando sobre ella todo el tiempo que me dió gana..., y luego cogí una badila, y del primer golpe le abrí un ojal en la cabeza del tamaño de un duro... La llevaron al hospital... Dicen que por el boquete que le hice se le veía la sesada... Buen repaso le dí. Pues otro día, estando en el Modelo..., verás..., me dijo una tía muy pindongona y muy facha que si yo era no sé qué y no sé cuándo, y de la primer bofetada que le alumbré fué rodando por el suelo con las patas al aire. Nada, que tuvieron que atarme... Pues volviendo á lo que decía: Aquel día que tuve la zaragata con Visitación...

Sintieron venir á la Superiora, y rápidamente se levantaron y se pusieron á brochar otra vez. La monja miró el piso, ladeando la cara como los pájaros cuando miran al suelo, y se retiró. Un rato después, las dos arrepentidas volvieron á pegar su hebra.

—No aportaste más por allí. Yo le pregunté después á la Paca si había vuelto por allí el *chico* de Santa Cruz, y me contestó: «Calla, hija, si han dicho aquí anoche que está con *plumo-*

nia...» Pobrecito, por poco no la cuenta. Estuvo si se las lía, si no se las lía... Por ti pregunté á la Feliciano una tarde que fui á enseñarle los mantones de Manila que yo estaba corriendo, y me dijo que te ibas á casar con un boticario..., ya, el sobrino de doña Lupe *la de los Pavos*... ¡Ah!, chica, si esa tal doña Lupe es lo que más conozco... Pregúntale por mí. Le he vendido más alhajas que pelos tengo en la cabeza. ¡Ah!, entonces sí que estaba yo bien; pero de repente me trastorné, y caí tan enferma del estómago, que no podía pasar nada, y lo mismo era entrar-me bocado en él ó gota de agua, que parecía que me encendían lumbre; y mi hermana Severiana, que vive en la calle de Mira el Río, me llevó á su casa, y allí me entraron unos calambres que creí que espichaba; y una noche, viendo que aquello no se me quería calmar, salí de estampía, y en la taberna me atizó tres copas de aguardiente, arreo, tras, tras, tras, y salí, y en medio á medio de la calle caíme al suelo, y los chiquillos se me ajuntaron á la redonda, y luego vinieron los guindillas y me soplaron en la prevención. Severiana quiso llevarme otra vez á su casa; pero entonces una señora que conocemos, esa doña Guillermina..., la habrás oído nombrar..., me cogió por su cuenta y me trajo á este *establecimiento*. La doña Guillermina es una que se ha echado mismamente á pobre, ¿sabes?, y pide limosna y está haciendo un palación ahí

abajo para los *huérfanos*. Mi hermana y yo nos criamos en su casa, ¡gran casa la de los señores de Pacheco! Personas muy ricas, no te creas, y mi madre era la que les planchaba. Por eso nos tiene tanta ley doña Guillermina, que siempre que me ve con miseria me socorre, y dice que mientras más mala sea yo, más me ha de socorrer. Pues que quise que no, aquí me metieron... Ya me habían metido antes; pero no estuve más que una semana, porque me escapé subiéndome por la tapia de la huerta como los gatos.

Esta historia, contada con tan aterradora sinceridad, impresionó mucho á la otra *filomena*. Siguiéron ambas bailando á lo largo de la sala, deslizándose sobre el ya pulimentado piso, como los patinadores sobre el hielo, y Fortunata, á quien le escarbaba en el interior lo que referente á ella había dicho Mauricia la Dura, quiso aclarar un punto importante, diciéndole:

—Yo no fui más que dos veces á casa de la Paca, y por mi gusto no hubiera ido ninguna. La necesidad, hija... Después no volví más, porque me salieron relaciones con el chico con quien me voy á casar.

Después de una pausa, durante la cual viniéronle al pensamiento muchas cosas pasadas, creyó oportuno decir algo, conforme á las ideas que aquella casa imponía: «¿Y para qué me buscaba á mi ese hombre?... ¿para qué? Para perderme otra vez. Con una basta.»

—Los hombres son muy caprichosos—dijo en tono de filosofía Mauricia la Dura,—y cuando la tienen á una á su disposición, no le hacen más caso que á un trasto viejo; pero si una habla con otro, ya el de antes quiere arrimarse, por el aquel de la golosina que otro se lleva. Pues digo..., si una se pone á ser, verbigracia, honrada, los muy peines no pasan por eso; y si una se mete mucho á rezar y á confesar y comulgar, se les encienden más á ellos las querencias, y se pirran por nosotras desde que nos convertimos por lo eclesiástico... Pues qué, ¿crees tú que Juanito no viene á rondar este convento desde que sabe que estás aquí? *Páices* boba. Tenlo por cierto, y alguno de los coches que se sienten por ahí, créete que es el suyo.

—No seas tonta..., no digas burradas—replicó la otra palideciendo.—No puede ser... Porque, mira tú, él cayó con la pulmonía en Febrero...

—Bien enterada estás.

—Lo sé por Feliciano, á quien se lo contó, *días atrás*, un señor que es amigo de Villalonga. Pues verás: él cayó con la pulmonía en Febrero, y en este *entremedio* conocí yo al chico con quien hablo... El otro estuvo dos meses muy malito..., si se va, si no se va. Por fin salió, y en Marzo se fué con su mujer á Valencia.

—¿Y qué?

—Que todavía no habrá vuelto.

—*Páices* boba... Esto es un decir. Y si no ha

vuelto, volverá... Quiere decirse que te hará la rueda cuando venga y se entere de que ahora vas para santa.

—Tú sí que eres boba..., déjame en paz. Y suponiendo que venga y me ronde... ¿Á mí qué?

Sor Natividad examinó el brochado y vió «que era bueno». Satisfacción de artista resplandecía en su carita seca. Miró al techo tratando de descubrir alguna mota producida por las moscas; pero no había nada, y hasta las cabezas de los clavos de la pared, limpiados el día antes, resplandecían como estrellitas de oro. La Superiora volvía las gafas á todas partes buscando algo que reprender; pero nada encontró que mereciese su crítica estrecha. Dispuso que antes de entrar los muebles los limpiasen y frotasen bien para que todo el polvo quedase fuera; pero encargó mucho que aquella operación se hiciese *al hilo* de la madera; y como las dos trabajadoras no entendiesen bien lo que esto significaba, cogió ella misma un trapo y prácticamente les hizo ver con la mayor seriedad cuál era su sistema. Cuando se quedaron solas otra vez, Mauricia dijo á su amiga: «Hay que tener contenta á esta *tía chiflada*, que es buena persona, y como le frotan los muebles *al hilo*, la tienes partiendo un piñón.»

Mauricia tenía días. Las monjas la consideraban lunática, porque si las más de las veces la sometían fácilmente á la obediencia, haciéndola

trabajar, entrábale de golpe como una locura y rompía á decir y hacer los mayores desatinos. La primera vez que esto pasó, las religiosas se alarmaron; mas domada la furia sin que fuese preciso apelar á la fuerza, cuando se repetían los accesos de indisciplina y procacidad, no les daban gran importancia. Era un espectáculo imponente y aun divertido el que de tiempo en tiempo, comúnmente cada quince ó veinte días, daba Mauricia á todo el personal del convento. La primera vez que lo presenció Fortunata, sintió verdadero terror.

Iniciábasele aquel trastorno á Mauricia como se inician las enfermedades, con síntomas leves pero infalibles, los cuales se van acentuando y recorren después todo el proceso morboso. El período prodrómico solía ser una cuestión con cualquier recogida por el chocolate del desayuno, ó por si al salir le tropezaron y la otra lo hizo con mala intención. Las madres intervenían, y Mauricia callaba al fin, quedándose durante dos ó tres horas taciturna, rebelde al trabajo, haciéndolo todo al revés de como se le mandaba. Su diligencia pasmosa trocábase en dejadez; y como las madres la reprendieran, no les respondía nada cara á cara; pero en cuanto volvían la espalda, dejaba oír gruñidos, mastiando entre ellos palabras soeces. Á este período seguía por lo común una travesura ruidosa y carnavalesca, hecha de improviso para pro-

vocar la risa de algunas *Filomenas* y la indignación de las señoras. Mauricia aprovechaba el silencio de la sala de labores para lanzar en medio de ella un gato con una chocolatera amarrada á la cola, ó hacer cualquier otro disparate más propio de chiquillos que de mujeres formales. Sor Antonia, que era la bondad misma, mirábala con toda la severidad que cabía en su carácter angelical, y Mauricia le devolvía la mirada con insolente dureza, diciendo: «Si no he sido *yió...*, *amos*, si no he sido *yió...* ¿Para qué me mira usted tantooo?... ¿Es que me quiere retrataaar?»

Aquel día Sor Antonia llamó á la Superiora, que era una vizcaina muy templada. Esta dijo al entrar: «¿Ya está otra vez suelto el enemigo?...» Y decretó que fuese encerrada en el cuarto que servía de prisión cuando alguna recogida se insubordinaba. Aquí fué el estallar la fiereza de aquella maldita mujer. «¡Encerrarme á mí!... ¿De veee...ras? No me lo diga usted..., prenda.»

—Mauricia—dijo con varonil entereza la monja, soltando una expresión de su tierra,—déjese usted de *chinchirri-máncharras*, y obedezca. Ya sabe usted que no nos asusta con sus botaratadas. Aquí no tenemos miedo á ninguna tarasca. Por compasión y caridad no la echamos á la calle, ya lo sabe usted... Vamos, hija, pocas palabras y á hacer lo que se le manda.

A Mauricia le temblaba la quijada, y sus ojos tomaban esa opacidad siniestra de los ojos de los gatos cuando van á atacar. Las recogidas la miraban con miedo, y algunas monjas rodearon á la Superiora para hacerla respetar.

—¡Vaya con lo que sale ahora la tía chiflada...! ¡Encerrarme á mí! Adonde voy es á mi casa, ¡hala!...; á mi casa, de donde me sacaron engañada estas indecentonas, sí señor; engañada, porque yo era honrada como un sol, y aquí no nos enseñan más que peines y peinetas... ¡Ja, ja, ja!... ¡Vaya con las señoras virtuosas y *santifiquisimas!* ¡Ja, ja, ja!...

Estos monosílabos guturales los emitía con todo el grueso de su gruesísima voz, y con tal acento de sarcasmo infame y de grosería, que habrían sacado de quicio á personas de menos paciencia y flema que Sor Natividad y sus compañeras. Estaban tan hechas á ser tratadas de aquel modo y habían domado fieras tan espantables, que ya las injurias no les hacían efecto.

—Vamos—dijo la Superiora frunciendo el ceño;—callando, y baje usted al patio.

—¡Pues me gusta la santidad de estas traviatonas de iglesia!... ¡Ja, ja, ja!...—gritó la infame puesta en jarras y mirando en redondo á todo el concurso de recogidas.—Se encierran aquí por retozar á sus anchas con los curárganos de babero... ¡Ja, ja, ja!... ¡qué peines!..., y con los que no son de babero.

Muchas recogidas se tapaban los oídos. Otras, suspensa la mano sobre el bastidor, miraban á las monjas y se pasmaban de su serenidad. En aquel instante apareció en la sala una figura extraña. Era Sor Marcela, una monja vieja, coja y casi enana, la más desdichada estampa de mujer que puede imaginarse. Su cara, que parecía de cartón, era morena, dura, chata, de tipo mongólico, los ojos expresivos y afables, como los de algunas bestias de la raza cuadrumana. Su cuerpo no tenía forma de mujer, y al andar parecía desbaratarse y hundirse del lado izquierdo, imprimiendo en el suelo un golpe seco que no se sabía si era de pie de palo ó del propio muñón del hueso roto. Su fealdad sólo era igualada por la impavidez y el desdén compasivo con que miró á Mauricia.

Sor Marcela traía en la mano derecha una gran llave, y apuntando con ella al esternón de la delincuente, hizo un castañeteo de lengua y no dijo más que esto: «Andando».

Quitóse la fiera con rápido movimiento su toca, sacudió las melenas y salió al corredor, echando por aquella boca insolencias terribles. La coja volvió á indicarle el camino, y Mauricia, moviendo los brazos como aspas de molino de viento, se puso á gritar:

—¡Peines y peinetas!... ¿Pues no me quieren deshonar y encerrarme como si yo fuera una *criminala*? ¡Tunantas!... Cuando si yo quisiera,

de tres bofetadas las tumbaba á todas patas arriba...

A pesar de estas fierezas, la coja la llevaba por delante con la misma calma con que se conduce á un perro que ladra mucho, pero que se sabe no ha de morder. A mitad de la escalera se volvió la harpía, y mirando con inflamados ojos á las monjas que en el corredor quedaban, les decía en un grito estridente:—¡Ladronas, más que ladronas!... ¡Grandísimas púas!...

Dicho esto, la coja le ponía suavemente la mano en la espalda, empujándola hacia adelante. En el patio tuvo que cogerla por un brazo, porque quería subir de nuevo.

—Si no te hacen caso, estúpida—le dijo;—si no eres tú la que hablas, sino el demonio que te anda dentro de la boca. Cállate ya, por amor de Dios, y no mareas más.

—El demonio eres tú—replicó la fiera, que parecía ya, por lo muy exaltada, irresponsable de los disparates que decía.—Facha, mamarracho, esperpento...

—Echa, echa más veneno—murmuraba Sor Marcela con tranquilidad, abriendo la puerta de la prisión.—Así te pasará más pronto el arrechucho. Vaya, adentro, y mañana como un guante. A la noche te traeré de comer. Paciencia, hija...

Mauricia ladró un poco más; pero con tanto furor de palabras no hacía resistencia verda-

dera, de modo que aquella pobre vieja inválida la manejaba como á un niño. Bastó que ésta la cogiese por un brazo y la metiera dentro del encierro, para que la prisión se efectuase sin ningún inconveniente después de tanta bulla. Sor Marcela echó la llave dando dos vueltas, y la guardó en su bolsillo. Su rostro, tan parecido á una máscara japonesa, continuaba imperturbable. Cuando atravesaba el patio en dirección á la escalera oyó el *ja, ja, ja* de Mauricia, que estaba asomada por uno de los dos tragaluces con barras de hierro que la puerta tenía en su parte superior. La monja no se detuvo á oír las injurias que la fiera le decía.

—¡Eh!..., coja..., galápago, vuelve acá y verás qué morrazo te doy... ¡Qué facha! Cañamón, pata y media...

III

La faz napoleónica, lívida y con la melena suelta, volvió á asomar en la reja á la caída de la tarde. Y Sor Marcela pasó repetidas veces por delante de la cárcel, volviendo de registrar los nidos de las gallinas, por ver si tenían huevos, ó de regar los pensamientos y francesillas que cultivaba en un rincón de la huerta. El patio, que era pequeño y se comunicaba con la huerta por una reja de madera, casi siempre abierta, es-

taba muy mal empedrado, resultando tan irregular el paso de la coja, que los balanceos de su cuerpo semejaban los de una pequeña embarcación en un mar muy agitado. Muy á menudo andaba Sor Marcela por allí, pues tenía la llave de la leñera y carbonera, la del calabozo y la de otra pieza en que se guardaban trastos de la casa y de la iglesia.

Ya cerca de la noche, como he dicho, Mauricia no se quitaba de la reja para hablar á la monja cuando pasaba. Su acento había perdido la aspereza iracunda de por la mañana, aunque estaba más ronca y tenía tonos de dolor y de miseria, implorando caridad. La fiera estaba domada. Fuertemente asida con ambas manos á los hierros, la cara pegada á éstos, alargando la boca para ser mejor oída, decía con voz plañidera:

—Cojita mía..., cañamoncito de mi alma, ¡cuánto te quiero!... Allá va el patito con sus meneos; una, dos, tres... Lucero del convento, ven y escucha, que te quiero decir una cosita.

A estas expresiones de ternura, mezcladas de burla cariñosa, la monja no contestaba ni siquiera con una mirada. Y la otra seguía:

—¡Ay, mi galapaguito de mi alma, qué enfadadito está conmigo, que le quiero tanto!... Sor Marcela, una palabrita, nada más que una palabrita. Yo no quiero que me saques de aquí, porque me merezco la encerrona. Pero ¡ay, niñita mía, si vieras qué mala me he puesto! *Páice*

que me están arrancando el estómago con unas tenazas de fuego... Es de la tremolina de esta mañana. Me dan tentaciones de ahorcarme colgándome de esta reja con un cordón hecho de tiras de refajo. Y lo voy á hacer, sí, lo hago y me cuelgo si no me miras y me dices algo... Cojita graciosa, enanita remonona, mira, oye: si quieres que te quiera más que á mi vida y te obedezca como un perro, hazme un favor que voy á pedirte: tráeme nada más que una lagrimita de aquella gloria divina que tú tienes, de aquello que te recetó el médico para tu mal de barriga... Anda, ángel, mira que te lo pido con toda mi alma, porque esta penita que tengo aquí no se me quiere quitar y parece que me voy á morir. Anda, rica, cañamón de los ángeles, tráeme lo que te pido; así Dios te dé la vida celestial que te tienes ganada, y tres más, y así te coronen los serafines cuando entres en el cielo con tu patita coja...

La monja pasaba..., trun, trun..., hiriendo los guijarros con aquel pie duro que debía ser como la pata de una silla, y no concedía á la prisionera ni respuesta ni mirada. Al anochecer bajó con la cena para la presa, y abriendo la puerta penetró en el lóbrego aposento. Por el pronto no vió á Mauricia, que estaba acurrucada sobre unas tablas, las rodillas junto al pecho, las manos cruzadas sobre las rodillas, y en las manos apoyada la barba.

—No veo. ¿Dónde estás?—murmuró la coja sentándose sobre otro rimero de tablas.

Contestó Mauricia con un gruñido, como el de un mastín á quien dan con el pie para que despierte. Sor Marcela puso junto á sí un plato de menestra y un pan. «La Superiora—dijo—no quería que te trajera más que pan y agua; pero intercedí por ti... No te lo mereces. Aunque me proponga no tener entrañas, no lo puedo conseguir. A ti te manejo yo á mi modo, y sé que mientras peor se te trate, más rabiosa te pones... Y para que veas, hija, hasta dónde llevo mi condescendencia...», añadió sacando de debajo del manto un objeto...

Creyérase que Mauricia lo había oído, porque de improviso alzó la cabeza, adquiriendo tal animación y vida su cara que parecía *misimamente* la del otro cuando, señalando las pirámides, dijo lo de los *cuarenta siglos*. La mazmorra estaba oscura, mas por la puerta entraba la última claridad del día, y las dos mujeres allí encerradas se podían ver y se veían, aunque más bien como bultos que como personas. Mauricia alargó las manos con ansia hasta tocar la botella, pronunciando palabras truncadas y balbucientes para expresar su gratitud; pero la monja apartaba el codiciado objeto.

—¡Eh!..., las manos quietas. Si no tenemos formalidad, me voy. Ya ves que no soy tirana, que llevo la caridad hasta un límite que quizás

sea imprudente. Pero yo digo: «dándole un poquito, nada más que una miajita, la consuelo, y aquí no puede haber vicio». Porque yo sé lo que es la debilidad de estómago y cuánto hace sufrir. Negar y negar siempre al preso pecador todo lo que pide, no es bueno. El Señor no puede querer esto. Tengamos misericordia y consólemos al triste.

Diciendo esto sacó un cortadillo y se preparó á escanciar corta porción del precioso licor, el cual era un coñac muy bueno que solía usar para combatir sus rebeldes dispepsias. Luego cayó en la cuenta de que antes debía comerse Mauricia el plato de menestra. La presa lo comprendió así, apresurándose á devorar la cena para abreviar.

—Esto que te doy—añadió la monja—es una reparación de los nervios y un puntal del ánimo desmayado. No creas que lo hago á escondidas de la Superiora, pues acaba de autorizarme para darte esta golosina, siempre que sea en la medida que separa la necesidad del apetito y el remedio del deleite. Yo sé que esto te entona y te da la alegría necesaria para cumplir bien los deberes. Mira tú por dónde lo que algunos podrían tener por malo, es bueno en medida razonable.

Mauricia estaba tan agradecida, que no acertaba á expresar su gratitud. La cojita echó en el cortadillo una cantidad, así como un dedo, inclinando la botella con extraordinario pulso para que no saliera más de lo conveniente, y al dár-

selo á la presa le repitió el sermón. ¡Y cómo se relamía la otra después de beber, y qué bien le supo! Conocía muy bien al galapaguito para atreverse á pedir más. Sabía, por experiencia de casos análogos, que no traspasaba jamás el límite que su bondad y su caridad le imponían. Era buena como un ángel para conceder, y firme como una roca para detenerse en el punto que debía.

—Ya sé—dijo tapando cuidadosamente la botella—que con este consuelo de tus nervios desmayados estarás más dispuesta, y la reparación del cuerpo ayuda la del alma.

En efecto, Mauricia empezó á sentirse alegre, y con la alegría vino una viva disposición del ánimo para la obediencia y el trabajo, y tantas ganas le entraron de todo lo bueno, que hasta tuvo deseos de rezar, de confesarse y de hacer devociones exageradas como las que hacía Sor Marcela, que, al decir de las recogidas, llevaba cilicio.

—Dígale, por Dios, á la Superiora que estoy arrepentida y que me perdone...; que yo, cuando me da el toque y me pongo á despotricar, soy un papagayo, y la lengua se lo dice sola. Sáque-me pronto de aquí, y trabajaré como nunca, y si me mandan fregar toda la casa de arriba abajo, la fregaré. Echenme penitencias gordas y las cumpliré en un decir luz.

—Me gusta verte tan entrada en razón—le